

# 1

## La superioridad moral de la izquierda

### MI PERPLEJIDAD

Hay cuestiones que cuando uno va teniendo cierta edad no acaba de entender. Axiomas, dichos populares y «verdades» incontrovertibles que empiezas a cuestionar.

Una de ellas es la superioridad moral de la izquierda; muy extendida aunque, si uno mira a su alrededor, no se tiene en pie.

En los sesenta, cuando estudiaba Historia para entrar en la diplomacia, tuve la osadía de preguntarme por qué Hitler era un malvado cabrón y Stalin un político con aspectos censurables pero aceptable. Y pensé: ¿acaso no eran dos figuras políticas execrables, dos tiranos similares en sus atrocidades?

Ya entonces, con más audacia aún y temor de que me llamasen de todo, empecé a preguntarme si podía ser verdad que el bando franquista en la Guerra Civil cometiese toda clase de tropelías sistemáticas, mientras que en el republicano fuesen unas poquitas aisladas y siempre obra de elementos incontrolados.

En el campo de la diplomacia tampoco entendía por qué la intervención de Estados Unidos en Irak era espantosa, violadora de principios del derecho internacional, mientras que la de la Unión Soviética en Afganistán, aunque no elogiada, podía resultar comprensible, neutra. Igual ocurría con el apoyo de Putin al régimen actual de Siria, que, por cierto, gasea a su población

con armas químicas. No aplaudimos, pero nos resbala; no nos indignamos, como sí ocurre con los estadounidenses.

En España también me deja perplejo escuchar de adultos bien formados que no se puede comparar el caso Gürtel pepero con los ERE sociatas. El primero, te argumentan con seriedad, muestra que la corrupción es algo sistémico, innato en la derecha, mientras que los ERE son cosas aisladas, con cifras que han sido muy exageradas y, ¡acójonate, Pereira!, el dinero de los ERE «se repartía entre mucha gente, no iba a parar al bolsillo de unos cuantos burgueses aprovechados» (sic).

Hay un jeroglífico que también tiene miga, y no poseo las luces para desentrañarlo: ¿por qué Vox es un partido fascista y Podemos es plenamente democrático? No logro verlo. El grupo de Abascal quiere meterle mano a las autonomías, localizar miles de emigrantes ilegales y, eventualmente, enviarlos a su país. No he leído, sin embargo, que quiera recurrir a las armas para limar las autonomías ni castrar a los emigrantes varones y levantar la toca de las emigrantes islámicas para pelarlas al cero. El grupo de Podemos llama a la gente a las barricadas al ver que Vox saca pacíficamente 400.000 votos en Andalucía, no acaba de ver clara la separación de poderes y, entre otras cosas, estaba encantado al nacer cuando en la Puerta del Sol se exhibía aquella frase inmortal de que «la soberanía no está en las Cortes sino en esta plaza». Aserto este que te pone un pelín los pelos de punta: huele a frase de las Juventudes de Hitler o de los sóviets rusos.

Esta distinción entre los dos partidos me turba al no entenderla. He paseado por el campo a solas dándole vueltas. Sin éxito. Una noche me desveló la sutil diferencia, y mientras mi mujer, quejándose de que no duermo bastante, me pedía que volviera a la cama, le contesté casi bruscamente que me dejara cavilar porque no veía la luz en algo trascendental. Refunfuñó algo como que empiezo a chochear.

Entré por fin en una iglesia. Estaba desierta. Era un buen momento para meditar e imploré, primero a la Inmaculada y luego

a santa Rita, abogada de lo imposible, para que me resolvieran el acertijo, para que me mandaran una señal aclaratoria. Nada. Silencio.

Al abandonar el templo me topé con un compañero en activo que, quejoso, empezó a hacerse cruces con algunos nombramientos de embajadores del gobierno Sánchez. (Es un tema recurrente en las conversaciones en el diplozoo: el nuevo gobierno ha trufado las embajadas con adictos ideológicos. Cuando éste cambia, se repite la cantinela de diplomáticos del signo opuesto.) Lo escuché distraído. Yo estaba con mi duda kantiana. En un momento me pareció oír el nombre de alguien totalmente incompetente que había sido nombrado para una embajada de cierto peso. Mostré mi extrañeza e inquirí sobre las razones: ¿era del partido del gobierno?, ¿era íntima del nuevo ministro? Mi interlocutor, obsesionado con un tema trivial como el de los nombramientos e ignorante de la duda que me atenazaba en uno mucho más importante, me dijo: «En el ministerio hay explicaciones que los pecadores no entendemos y diferencias, ¿inexistentes?, que no acabamos de captar».

Me había dado la clave. La providencia, muda en el templo, me enviaba el mensaje por boca del colega: no te obsesiones, las diferencias pueden ser inexistentes, y a lo mejor resulta que Vox no es más fascista que Podemos. (Que los «pacíficos» demócratas de la CUP bramen contra el fascismo agresivo de Vox, mientras zarandean, acosan e intentan abortar una conferencia de la pepera Cayetana Álvarez de Toledo, me plantea así mismo problemas de comprensión. Una vez más, esto es fascismo de izquierdas.)

El ejemplo de Vox y su fulminante descalificación me convenció de nuevo de que la sociedad española actual es mucho más permisiva con los pecadillos de la izquierda, mucho más intransigente con los de la derecha, y más importante aún: es una confirmación de que mucha izquierda está imbuida de la convicción, casi religiosa, de que la base ética de su actuación

es normalmente elevada, de que *su constante superioridad moral no admite discusión*.

Es una creencia totalmente pueril, absurda, desmentida a diario rotundamente por los hechos, pero profundamente arraigada incluso en mentes muy sensatas de la izquierda. Recuerdo el comentario de un honrado y lúcido exministro socialista cuando alguien le reprochó que, si Aznar había estado asesorando a Iberdrola, también González lo había hecho con Endesa. El exministro contestó que los dos casos no eran comparables, que «sólo había que mirar el pasado y la trayectoria de Felipe González para darse cuenta...».

Yo no veía nada reprochable en esas asesorías; respeto enormemente a José María Aznar y a Felipe González, he trabajado muy a gusto con los DOS y el matiz del interrogado me sumió en la confusión.

¿Quería con ello decir el antiguo ministro que la trayectoria honesta de González era conocida mientras que el pasado de Aznar era un tanto vidrioso? Algo quedaba flotando en el aire. ¿Era Aznar moralmente tortuoso? ¿Se había llevado el dinero cuando estaba en Castilla y León? ¿Había acosado sexualmente a dos secretarías y a un bedel? ¿Le había construido gratis una mansión una constructora a cambio de favores? ¿Había copiado repetidamente en la universidad? ¿Le habían hecho la tesis y no lo habían sancionado por ser su papá muy amigo de un ministro franquista? Algo tenía que haber hecho con su bigote siniestro si su asesoría no era nada comparable con la de Felipe González.

La respuesta del no nombrado ministro era infantil pero espontánea. Se trataba de alguien serio y honrado. Pero debía de estar embriagado desde pequeño con la superioridad moral de la izquierda. Cuando ésta hace algo censurable o parece serlo —tanto González como Aznar no habían incurrido en nada reprochable—, la reacción inmediata es que: *a)* tal cosa no se ha producido; *b)* si se ha producido, está totalmente exagerada por la derecha; *c)* la situación no tiene equivalencia con un hecho si-

milar de la derecha, o *d*) la situación fue producto de una emergencia y hay que desentrañar las razones por las que se produjo. Esta negación o interpretación *pro domo* de los hechos es frecuente en cualquier partido político. Los demás no están exentos de culpa. Para nada. Ahora bien, son menos proclives a restregarte, con absoluta fe, su superioridad moral. De ahí que le dediquemos un capítulo.

Examinemos tres períodos: nuestra Guerra Civil y el franquismo; la Guerra Fría, y la situación actual en España.

## GUERRA CIVIL

Es un hecho evidente y aceptado, excepto por algún sector de la derecha, que el alzamiento del 18 de julio de 1936 fue un levantamiento, una rebelión, contra un gobierno que, sectario o no, era un gobierno legítimo.

Esto es archisabido y admitido. Lo menos sabido y escasamente aceptado es que la izquierda, con el Partido Socialista profundamente involucrado, intentó hacer lo propio dos años antes, sublevarse, porque la derecha había ganado las elecciones y eso era difícilmente asumible. Los socialistas se levantaron aunque la CEDA, que había ganado, ni siquiera se hacía cargo del gobierno como parecía lógico, sino que se limitó a entrar en él con tres carteras. Esto resultaba insufrible para la izquierda. Largo Caballero sería el inspirador de la revuelta e Indalecio Prieto compró armas en Bélgica para la insurrección. Años más tarde (México, 1942), don Inda admitiría honestamente que «se consideraba culpable de haber participado en ese movimiento revolucionario». En septiembre de 1934, *El Socialista* había proclamado: «Que todo el mundo renuncie a la revolución pacífica, a una utopía; bendita sea la guerra».

Eso fue lo que hubo en 1934: una breve pero cruenta guerra civil que el gobierno de la República ganó sometiendo a los

mineros asturianos y a los sublevados. Esa rebelión la historia actual la niega u oculta, y a mucho escritor socialista le entra amnesia al considerar numerosos aspectos de la Segunda República, aunque Madariaga haya escrito que «con la revuelta de 1934 la izquierda perdió los vestigios para condenar el alzamiento de 1936».

Ya hemos calificado de ilegítimo el alzamiento que originó nuestra infausta Guerra Civil, aunque existan estudios documentados que muestran que en las elecciones de febrero de 1936 hubo pucherazos puntuales que favorecieron a la izquierda. Veamos la contienda.

En nuestra niñez y juventud en pleno franquismo se nos comió el coco con frecuencia sobre la maldad de los «rojos» y las barbaridades que hicieron. Me crié en un pueblo andaluz en las paredes de cuya iglesia estaban los nombres de setenta y dos personas a las que los republicanos habían «dado el paseí-llo», es decir, que los habían montado en un camión, sin juicio, y en una carretera les habían pegado dos tiros. Cuando alcanzaba la pubertad empecé, con todo, a dudar de esa maldad innata de los rojos. Los que había en el pueblo parecían claramente pacíficos, y en un par de ocasiones mi madre había dicho que tal persona «era muy rojo pero muy buen hombre, un tío honrado a carta cabal», o que tal otro era «un exaltado de izquierdas pero incapaz de matar una mosca o de robar».

Aquello de que los rojos, metiéndolos a todos en el mismo saco, eran desalmados, crueles y sinvergüenzas ya no acababa de casar. Otro día me enteré de que don Augusto Álvarez, un abogado amigo de mi padre, había sido condenado a muerte en 1940 «por ser muy rojo». Me resultaba incomprensible. Aquel señor parecía cívico y bien intencionado. ¿Cómo era posible que hubiera sido condenado a muerte? Y, por otra parte, ¿por qué en una foto de 1946 estoy yo, junto a él y mi padre, encorbatados ellos, renacuajo endomingado yo, paseando por la plaza del pueblo? Descubrí entonces dos cosas: que ni aquel señor de izquier-

das era un desalmado sanguinario y sinvergüenza, y que ni el régimen de Franco había pasado por las armas o hecho sufrir penas de treinta años a todos los que juzgó en los meses siguientes a la guerra. La historia era más compleja que la narración que se nos hacía.

Es un hecho, sin embargo, que nuestra niñez y juventud fueron bombardeadas con la propaganda del régimen de Franco: el alzamiento del 36 estaba plenamente justificado, en la contienda ellos no habían hecho nada censurable y los contrarios, todo el mal previsible.

Eso no era creíble y en los años sesenta ya empezaba a oír y comentar abiertamente tropelías de ambos bandos. Con la democracia, sin embargo, el péndulo ha ido casi al otro extremo. La izquierda perdió la guerra pero viene ganando la batalla de la propaganda. De forma descarada y casi aplastante. Nuestra filmografía reciente está llena de relatos en que los franquistas, durante la guerra y después de ella, son sistemáticamente los malos y los del bando contrario, honestos e incluso angelicales.

Una de las razones por las que decidí redactar este capítulo es por dos hechos de los que tuve conocimiento en estos años y que he mencionado en otro libro: el inexplicable bombardeo de Cabra, un objetivo demostrado no militar, por dos aviones rusos republicanos bastante al final de la guerra y que causó más de cien muertos. El *ABC* de Córdoba titularía: «Un centenar de muertos y otro de heridos, ancianos, mujeres y niños en su mayoría. El Mercado de Abastos, un Colegio de niñas y un barrio modesto, bombardeados y ametrallados».

La diferencia narrativa con *Guernica* es pasmosa. El bombardeo de Cabra simplemente no existe, es ignorado. Hugh Thomas, el especialista británico que escribió que «nuestra guerra fue una serie de acontecimientos lamentables en los cuales nadie de importancia actuó correctamente», no menciona Cabra en su monumental obra. Mientras tanto *Guernica* es, con mucha diferencia, el hecho militar más comentado de nuestra con-

tienda. Ha influido el cuadro de Picasso, que, por cierto, no lo regaló. Cobró por hacerlo.

El segundo suceso chocante lo viví en un pequeño pueblo granadino al que acudí a dar una charla. Durante la cena, la teniente de alcalde, una comunista que respiraba sinceridad y amabilidad, me comentó que la bodega en que nos encontrábamos había sido una cárcel de los franquistas en la guerra y allí habían pasado muchos meses varios demócratas republicanos. Me resultó raro porque todos los pueblos de la comarca habían sido republicanos durante toda la lucha fratricida y parecía chocante que el lugar fuera una isla nacionalista dentro de aquel mar rojo. Mi interlocutora insistió, pero, ante mi extrañeza, educadamente se levantó excusándose, para volver al poco diciendo: «Llevaba razón, embajador. Ésta era una cárcel de la República en la que hubo durante un par de años presos franquistas».

Su honestidad y diligencia para aclarar la duda que le planteé eran encomiables, pero ¿cuánta gente en el pueblo, en otros sitios de Andalucía, en España, recibe ahora unos recuerdos históricos en los que todo es negro o blanco?

Más hilarante, cuando redacto estas páginas, es la explicación de la periodista María Rey describiendo en televisión, en directo, la conmemoración del Dos de Mayo madrileño: era la fecha en que años antes se había producido el levantamiento del pueblo «contra las tropas franquistas». Fue tal vez un lapsus, imaginemos que sí, un desliz basado en que en el ambiente flota que cualquier tropelía ha sido invariablemente cometida por la derecha.

El relato de la izquierda no vacila, tampoco, en alterar los hechos, consciente o inconscientemente. Un profesor de la Universidad Pablo de Olavide, de nombre poco andaluz como Xavier Coller, explicaba recientemente a un enviado británico en las penúltimas elecciones en esa tierra las causas por las que en la democracia ganara constantemente el Partido Socialista (*Financial Times*, 20 de marzo de 2015) y se quedaba tan pancho: «Hace treinta años la gente en Andalucía se moría porque no había



médico en su pueblo. Ahora tienen un médico y eso lo valoran». La explicación era una penosa fabulación, geográfica y cronológicamente: en Murcia o Valladolid, donde no gobierna el PSOE, también hay médico en los pueblos, y, por otra parte, durante el franquismo, en todas las pequeñas localidades en las que viví (don Trini, don Pepe Gómez, don Juan Motos en Vélez Blanco, por ejemplo) había tantos o más médicos que ahora. Que no dejaban a nadie sin asistir.

Es frecuente que los enviados especiales de un periódico al extranjero escriban sin cotejar datos ni hacer investigaciones si están ante un interlocutor simpático, persuasivo o que hable su lengua, y el *Financial Times* recogía fielmente la peregrina afirmación del docente andaluz. Es posible —improbable en un catedrático— que éste no tuviera conciencia de que estaba contando una trola; su convicción frecuentemente es otra: en temas sociales, y la sanidad lo es, la derecha es una despreocupada que está tocando el violón, en cambio la izquierda es progre, humana y se preocupa del bienestar del individuo.

Las tesis actuales sobre la Guerra Civil están llenas de simplificaciones o trolas similares. Empezando por el millón de muertos, cifra que ahora se redondea al alza para estigmatizar más al franquismo, que fue el que inició la contienda y al que se hace responsable de casi la totalidad. (Durante el franquismo se la citaba igualmente para denigrar a los malísimos rojos.) La cifra real, para muchos, sería de 500.000 muertos, e imputables a los dos bandos. Resulta ocioso y delicado enzarzarse en quién mató a más gente. Sin embargo, en la versión actual de moda, Franco asesinó a muchos más, sin comparación, se alega, y nadie razona a cuántos habría fusilado el Frente Popular si la República hubiera ganado la guerra. ¿A menos que Franco? Es dudoso. Chaves Nogales afirmaba con pena que España «será gobernada por un dictador independientemente del bando que gane».

Por supuesto que es de buen tono recordar los bombardeos franquistas en la carretera de Málaga a Almería o los fusilamien-

tos en las tapias de Valencia, pero resulta de un gusto fascistoide, reprochable, mencionar Paracuellos del Jarama. ¿Tiene Santiago Carrillo, importante figura de la transición, responsabilidad en una parte de las matanzas en ese siniestro lugar? Matanzas que el historiador Michel del Castillo, hijo de españoles, califica de carnicería metódica. ¿Puede alguien creerse que el gobierno de Largo Caballero no pudiera impedir que los socorridos «incontrolados» ejecutaran, sin juicio, a 2.800 personas en Paracuellos? A 2.800 nada menos ¿y no pudo pararlo? ¡Hombre! Mencionar que en Madrid hubo más de un centenar de checas en las que los republicanos torturaban y asesinaban, muchas de infausta memoria como la de Bellas Artes (luego de Fomento) no está de moda. Recordar a los sacrificados, como de tarde en tarde hace el Vaticano beatificando a algunos de los curas o religiosas asesinados (¿fueron 8.000?), es de mal gusto, tiene un tufillo clerical, de sacristía.

La amnesia selectiva que hubimos de tener en el franquismo se reproduce ahora en la izquierda. Evocar como hacía Rosa Montero en *El País* la figura del anarquista Melchor Rodríguez, director de Prisiones y último alcalde republicano de Madrid, que logró salvar la vida de 11.000 personas que iban camino de la checa o dispuestas a ser sacadas de ella para sufrir el «paseíllo» en el que serían asesinadas, es valiente pero poco creído. (También es objeto de un libro de Leguina y Buren.) Leer que el humanitario Neruda, como diplomático chileno en Madrid en 1936, tenía toda clase de remilgos —a veces rechazo— a la conducta hospitalaria de Carlos Morla Lynch, encargado de su embajada, que fue acogiendo en la dependencia diplomática a unas 2.300 personas que temían ser enviadas a Paracuellos o que les dieran el fatídico paseo, te deja tristemente patidifuso. ¡MI admirado Neruda, reticente a salvar a alguien al que por razones políticas le esperaba un tiro en la cabeza!

Hay una memoria histórica que señorea los relatos y otra que no tiene credibilidad o legitimidad. La izquierda es superior y no puede cometer desmanes.

Recordar que Negrín o Prieto tienen zonas bastante oscuras tampoco mola políticamente. A Negrín, cuando nos caíamos del guindo de las falsedades esparcidas por el franquismo sobre los republicanos, lo teníamos por personaje demócrata e íntegro. Luego nos hemos enterado de que en privado manifestaba que se necesitaba «una dictadura con ropajes y formas democráticos que haga posible la preparación del pueblo para el futuro» (decepcionante). Emerge, además, que fue el principal responsable del atraco al Museo Arqueológico Nacional, de donde se llevó un increíble y valiosísimo tesoro numismático (tropelía bien contada por Martín Almagro Gorbea). Miles de monedas antiguas de oro y plata, visigóticas, de la Edad Media, fueron trasladadas al extranjero. ¿A México? Al parecer, quería «remediar el infortunio de nuestros compatriotas (futuros exiliados después de la guerra) en la emigración». Pero ¿robando miles de monedas históricas del patrimonio nacional? No es una conducta de caballeros y seguro que Azaña no lo aprobó o lo desconoció.

En la contienda la superioridad moral de la izquierda lleva pareja la superioridad cultural. Según la versión divulgada, la inmensa mayoría de los escritores estaban con el bando republicano. Andrés Trapiello, en su documentado y ameno libro *Las armas y las letras* (Península, 2002), demuestra que no, pero el dogma es difícil de rebatir con un volumen. Trapiello, si insiste, será considerado un cavernícola.

Describir que Ernest Hemingway fue, como corresponsal de guerra, un farsante que embellecía los hechos republicanos y escamoteaba las tropelías de ese bando es de mal gusto. (John Dos Passos peleó con él porque, argumentaba, no podía entender cómo la República había podido asesinar a José Robles, un aristócrata de izquierdas, y don Ernesto increpaba su pusilanimidad: «¿Estás con nosotros o contra nosotros?».) Mencionar que el íntegro George Orwell escribió que nunca como en la guerra de España había visto tantas mentiras contadas sobre los acontecimientos —y es evidente que se estaba refiriendo en bastante

medida a la zona republicana— no resulta aceptable. («Vi reportajes periodísticos que no guardaban la menor relación con los hechos, se escribía la historia no según lo ocurrido, sino según lo que debería haber ocurrido de acuerdo con las directrices del partido. No se crean nada de lo que lean acerca de los asuntos del bando del gobierno», etc. Orwell, *Ensayos*, Debate, 2013.)

El malabarismo en el lenguaje utilizado por los discípulos de la memoria histórica queda patente en las siguientes descripciones: la represión franquista en Badajoz ha pasado ya a ser el «genocidio» franquista, mientras que las catorce religiosas que fueron torturadas y asesinadas en noviembre del 36 por los republicanos se ha transformado en que «las monjas desaparecieron».

Como conclusión, volvamos a Trapiello: «De modo que unos y otros, entre los pocos que quedan vivos o sus herederos directos, siguen teniendo una memoria prodigiosa para los errores y crímenes de sus contrarios, y poca o ninguna para los suyos».

## GUERRA FRÍA

Veamos la posguerra y la época de la guerra cuando al parecer, según el tópico difundido por la progresía, todo se desarrollaba en un tono gris, sin alegría, sin colores. No son mis recuerdos y me pregunto yo si en la Francia de la posguerra, y no digamos en Alemania, todo era festivo y lleno de colores.

Comencemos con la figura de Stalin. Casi nadie se atreve a negar ahora que es uno de los personajes más siniestros de la historia. Se engulló sin pudor a los tres países bálticos y se repartió Polonia con la Alemania de Hitler. Molotov envió un telegrama de felicitación a Hitler cuando los alemanes entraron en París.

Nuestra Pasionaria, una autoproclamada luchadora por la libertad, también se unió al aplauso por la vergonzosa invasión de Polonia. Tuvo la osadía de escribir en *España popular*, México, 1940,

que «los trabajadores de todo el mundo habían saludado con entusiasmo la nación libertadora del Ejército rojo sobre el antiguo estado de los terratenientes polacos». No cabe mayor fanatismo para explicar la aniquilación de una nación.

El periódico comunista francés *L'Humanité*, otro lacayo de Moscú, también aplaudió el reparto de Polonia.

Stalin es responsable directo de la muerte de millones de personas; hay infinidad de testimonios, pruebas insoslayables. La hambruna causada por la Colectivización (1929-1933), que sería, por cierto, un atraso para el país, y el Gran Terror debieron de causar unos 20 millones de muertos. Stalin le confesaría a Churchill que habían muerto unos 10 millones de campesinos. El dictador, siguiendo a Lenin, se había propuesto conseguir el monopolio estatal de la alimentación, con resultados funestos. Anne Applebaum (*Hambruna roja: La guerra de Stalin contra Ucrania*, Debate, 2019) concluye que los 5 millones de muertos en Ucrania no se debieron a un desastre económico, sino que fue un asesinato masivo proyectado para sofocar cualquier brote de nacionalismo ucraniano.

En los primeros años del reinado de Stalin, un niño de doce años podía ser condenado a muerte; hablar del hambre en la Unión Soviética podía acarrear la misma pena. Las purgas en el partido, con condena al gulag o al patíbulo, fueron ingentes: unos 43.000 oficiales militares fueron reprimidos en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo que explica parcialmente los reveses iniciales ante Hitler. El estado policíaco que Lenin legó a sus sucesores fue perfeccionado por Stalin. El culto a la personalidad fue llevado hasta límites insospechados. El dictador, como apunta Martin Amis (*Koba el Temible*, Anagrama, 2004), fue el primer negador del genocidio nazi. El escritor británico añade lapidariamente: «El enemigo del pueblo era el régimen. La dictadura del proletariado era mentira; Unión era mentira, de Repúblicas era mentira, Socialistas era mentira y Soviéticas era mentira. Camarada era mentira».

Esta desolación fue ignorada por la progresía europea o iberoamericana; a veces, incluso, cantada.

Veamos algunos ejemplos de cantos al bondadoso Stalin.

Que mi admirado Miguel Hernández cantara a Stalin es casi excusable. El oriolano salía de una guerra civil, su bando tenía el apoyo de Moscú, y en 1942 tenían que ser escasos sus conocimientos de la realidad soviética.

Ahora bien, que a la muerte del tirano, ya en el 53, Alberti, viviendo en Italia, donde podía y debía estar mejor informado, entonara a la muerte del soviético:

*Padre y maestro y camarada:  
Quiero llorar, quiero cantar.  
Que el agua clara me ilumine,  
que tu alma clara me ilumine  
en esta noche que te vas.  
[...]  
No ha muerto Stalin. No has muerto.  
Que cada lágrima cante  
tu recuerdo.  
Que cada gemido cante  
tu recuerdo.*

El epitafio da un poco de dentera.

Parecida al bochorno que produce la larga ODA a Stalin de Neruda:

*[...] y llegó del mar una ola grande  
[...] y se elevó llorando sobre el mundo  
[...] y arribó a mis puertas su mensaje de luto  
con un grito gigante  
como si de repente se quebrara la tierra.*

(Por fin, en 1971, el Nobel chileno admitiría al periodista francés Édouard Bailby: «*Je me suis trompé*», es decir, me equivoqué. Tardó.)

No olvidemos tampoco a los intelectuales franceses. El poeta Paul Éluard escribió a finales de los cuarenta: «La vida y los hombres han elegido a Stalin para que exista sobre la tierra su esperanza sin límites». Louis Aragon, en el 53, no se quedaba corto: «Stalin es el mayor filósofo de todos los tiempos».

Lo del bueno de Allende en 1953 no tiene parangón. Exaltó al hombre «que encarnó una doctrina», símbolo de paz y construcción, elogió su obra, la criminal socialización de la agricultura, y su aporte cultural: «Hombres de la Unión Soviética: nosotros los socialistas compartimos vuestro luto que tiene conmoción universal. Jóvenes: estiramos hacia vosotros los brazos para daros fuerzas. Niños soviéticos: vosotros...». Ruboriza leerlo.

Dos pinceladas más: Bernard Shaw tuvo la desfachatez de decir en 1930 que «los soviéticos eran las personas mejor alimentadas de Europa», y el cínico de Sartre regresó de la Unión Soviética en 1954 afirmando, sin que, como apunta Vargas Llosa, se le cayera la cara de vergüenza, que «el ciudadano soviético es completamente libre para atacar el sistema».

¿Cómo se explica la ceguera generalizada de los intelectuales progres europeos? El régimen soviético era maestro en tapar sus desnudeces y adular a los intelectuales, pero éstos, aquí está de nuevo la madre del cordero, estaban dispuestos a engullir todas las falsedades porque un régimen de izquierdas no puede hacer barbaridades por sistema. Es moralmente superior.

Algo parecido ocurrió en Nicaragua con la revolución sandinista que Javier Nart, buen conocedor de la misma, define con tino como un camelo y una estafa. Los desmanes de la Junta sandinista perduran escandalosamente en nuestros días: 325 personas han sido asesinadas en estos años por razones políticas o en manifestaciones; 70 periodistas, denuncia Amnistía Internacional, se han exilado por temor a que el poder atente contra su

vida; el presidente Ortega manipuló las elecciones en el 2016 para otorgarse un tercer mandato, y ahora trata arteramente que su mujer lo herede; el gobierno intenta silenciar publicaciones en internet... Nuestra atención a Nicaragua es escasa. No ocurriría igual si se tratara de una dictadura de derechas.

Más sangrientas fueron las atrocidades que ocurrieron en Camboya, antigua colonia francesa. Hubo un genocidio. China y Estados Unidos, satisfechos con que los nuevos dueños comunistas de Camboya crearan problemas al fronterizo Vietnam (Washington había salido descalabrado de la guerra con Vietnam, y China, antigua aliada, se había convertido en enemiga) miraron para otra parte cuando los Jemeres Rojos asesinaron a millón y medio de personas de una población de nueve millones. (Tragedia narrada en la película *Los gritos del silencio*, de 1985, y en el reciente filme de animación *Funan*, del 2018.) Lo curioso es el extendido silencio de la progresía mundial. Recuerdo que, por ejemplo, el entonces izquierdista *Le Monde* no le daba mayor importancia al genocidio. Una vez más, los autores, se pensaría, eran políticos probablemente bien intencionados de izquierdas. ¿Qué habría ocurrido si se hubiera tratado de un Pinochet de derechas?

No debemos olvidar tampoco cómo la Unión Soviética invadió Checoslovaquia en 1968 abortando el anhelo de apertura de los checos. La sofocó con tanques y Fidel Castro aplaudió.

Resulta conmovedor leer la reacción de Max Aub en los años cincuenta cuando España ingresó en la UNESCO: «Esto es el florón de la ignominia, una paletada más de cieno que recibimos en la cara el sinnúmero de personas decentes que todavía nos empeñamos en andar por el mundo». Aparte de conmovedor, da regomello. Aub era un escritor culto y viajado. Durante nuestra guerra fue agregado cultural en París, creo que intervino en la compra del *Guernica* a Picasso. En consecuencia, uno no puede asimilar que un intelectual rodado se pame de que Franco entre en una organización en la que está Stalin. ¿Había pro-



testado alguna vez porque la Unión Soviética estuviera dentro? ¿Se apartaba el cieno de la cara cuando se acordaba de que Stalin era miembro de la misma? Por supuesto que no.

La convicción, obsesión que entra en el ridículo, que tiene la izquierda con su superioridad está bien reflejada en la reacción de Juan Benet cuando Solzhenitsyn vino a España. Al reflexionar el ruso sobre la realidad española y la soviética dijo algo así como que estábamos mucho mejor de lo que creíamos. Benet soltó: «Mientras existan personas como Solzhenitsyn, los campos de concentración subsistirán y deben subsistir. [...] Nada más higiénico que el hecho de que las autoridades soviéticas —cuyos gustos y criterios sobre los escritores rusos subversivos comparto a menudo— busquen la manera de liberarse de semejante peste».

¿Cómo pudo una persona culta y demócrata decir algo tan miserable? ¿Llevaba tres copas encima? ¿Alguien le había dado una tortilla de espinacas en la que habían puesto marihuana? ¿Podía completamente ignorar que en los gulags soviéticos murieron millones de personas —más de un millón en 1937-1938—, que las condiciones de vida de los prisioneros eran inhumanas, que el guardia que disparaba y mataba a uno de los reclusos que se salía del camino marcado cuando iban a la cantera era recompensado con un par de días de permiso?

Contrasta con lo manifestado por el gran entrevistador literario francés Bernard Pivot, que al ser preguntado sobre qué personaje elegiría de entre todos los entrevistados en su vida, respondió: «A Solzhenitsyn, al que tuve la suerte de tenerlo cuatro veces». (Pivot también puso ante las cámaras a Felipe González en una interesante entrevista en francés.)

Benet no estaba bebido, ¡ojalá! Un desvarío de este tipo sólo puede ser porque, henchido de la superioridad moral, lo que decía Solzhenitsyn, algo así como que si creíamos que Franco era muy malo deberíamos considerar lo que había hecho Stalin, era, para Benet, inconcebible. Esto y los ejemplos

anteriores entran dentro de lo que, aplicado a Francia, Tony Judt califica de «anestesia moral colectiva».

Ejemplo egregio de la falsedad y del cinismo es la masacre de Katyn. En esa localidad polaca, en la primavera de 1940, las autoridades soviéticas que habían ocupado parte de Polonia al repartírsela con Hitler asesinaron a casi 22.000 polacos, oficiales del ejército, policías, intelectuales... A muchos con un tiro en la nuca. El hecho fue descubierto en 1943 en plena guerra mundial, aunque los Aliados occidentales trataron de ignorarlo para no encrespar a Moscú, que luchaba con ellos contra Hitler. Acabada la contienda, el gobierno impuesto por los soviéticos en Varsovia creó un muro de silencio sobre Katyn mientras la propaganda comunista difundió que el genocidio había sido causado por los nazis. En Occidente ya se sabía que no era así aunque mucha izquierda pasara sobre ascuas por encima del tema. Rusia tardó cincuenta años (en 1990, con Gorbachov) en admitir la autoría de un crimen organizado por Lavrenti Beria con la luz verde de Stalin, y en el que se utilizaron arteramente pistolas de fabricación germana.

La conducta de los propagandistas de izquierda —silencio, tergiversación— sobre Katyn es similar a la que la propaganda franquista empleó después del bombardeo de Guernica para ocultar que era obra de los alemanes. Intentó culpar a los vascos. Un cinismo que fue rápidamente desmontado. El de Katyn, en cambio, tardó décadas.

Recordemos asimismo Chernóbil. Las autoridades soviéticas, ya en la *perestroika*, ocultaron la tragedia o la minimizaron bastantes fechas. Dieron la alarma unos científicos suecos que se percataron a 1.000 kilómetros de distancia; cuando el hecho fue finalmente mencionado en la televisión rusa fue la *noticia número 21* del telediario. La catástrofe aumentó por esa dilación y por no pedir ayuda al extranjero. Un caso escandaloso de falta de transparencia, de veracidad y de *moralidad*. Los resultados apocalípticos son conocidos por la ahora famosa serie. Sin em-

bargo, es curioso: los verdes y la mayor parte de las asociaciones ecologistas también observaron un mutismo sorprendente.

Mao, tan proletario que vestía con frecuencia con vicuña, es responsable de más de 30 millones de muertos a raíz de sus dos iniciativas catastróficas del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. El propio Comité Central chino publicó en 1981 que Mao «cometió errores de enorme magnitud y duración». El intelectual francés André Malraux, que había hecho la guerra de España en el bando republicano, lo visitó en agosto de 1965. Entusiasmado, contó a la prensa que había estado tres horas con él, y en su libro *Antimémoires* escribió que estuvieron intercambiando ideas filosóficas. Todo un camelo, las minutas de los colaboradores asistentes indican que la entrevista duró media hora y que la conversación fue un tópico tras otro. A Mao no le interesó mayormente el personaje, al que despidió secamente. Sin embargo, Malraux estuvo untuoso, zalamero, encantado de estar con un gran hombre. ¿No se enteró de los estragos del Salto Adelante? ¿Por qué intentó convencer a André Gide para que borrara de su libro sobre Rusia la frase: «Dudo que actualmente en ningún país, ni siquiera en la Alemania de Hitler, el espíritu sea menos libre, más temeroso, esté más aterrorizado que en la URSS»?

Dado que hemos mencionado Alemania, recordemos ya en nuestra democracia la visita oficial a España del jefe de la Alemania Oriental Erich Honecker. El invitado era quien había construido el muro y cuya policía mataba como conejos a los que lo saltaban para huir a Occidente. La Universidad Complutense, con los socialistas al frente, le dio la Medalla de Honor. ¿Qué habría pasado si la Universidad de Granada, con un rector de derechas, concede una distinción parecida a un dictador iberoamericano?

Habiendo aludido a la Alemania del Este, mencionemos las increíbles trapacerías montadas por ese país, así como la Unión Soviética, Rumanía..., dopando a sus atletas durante décadas para obtener medallas y dorar la imagen del sistema. Está bien

probado que existía un programa diseñado, impuesto por las autoridades deportivas al que se sometían centenares de atletas. Todo en regímenes comunistas. Con esto se ganaban carreras, competiciones y se engordaba fraudulentamente el medallero, mostrando a la opinión pública mundial la superioridad deportiva de esos países. Una trampa bochornosa tan arraigada que en Rusia ha continuado bajo Putin. Las autoridades deportivas mundiales han tenido que prohibir durante un tiempo la participación de atletas rusos en pruebas internacionales. Una burla del *mens sana in corpore sano*. Es mente podrida en cuerpo dopado. Esto en el siglo XXI y no en el capitalista Estados Unidos.

Sobre la querencia ruso-comunista por la trapacería recordemos que Gorbachov, que trajo el primer aire fresco al sistema, tardó trece días en contar a su población la hecatombe de Chernóbil. La ocultación de la gravedad del caso por las autoridades fue literalmente criminal. Uno de cada cinco habitantes de la zona por la que pasó la nube nuclear está aún contaminado. ¿Se imaginan las pancartas que habría habido si la catástrofe se hubiera producido en un país capitalista?

En la España actual es complicado encontrar algo más miserable que el cambalache del izquierdófilo Carod-Rovira con los enviados de ETA para desviar los asesinatos de los terroristas a otros lugares de España, dejando ilesa a Cataluña.

## SITUACIÓN ACTUAL

### *La corrupción*

Hablemos de España. Esta lacra ha salpicado, a veces abundantemente, a muchas formaciones políticas. Los catalanes tenían la comisión de las empresas del 3 %, que fue pronto silenciada pasmosamente, el escándalo del Liceo, Banca Catalana, el señor Pujol con abundante dinero no declarado en el

extranjero... Los jóvenes de Podemos tienen asimismo sus pecadillos, claramente menores: cobros de estudios, becas y trabajos poco justificables, subvenciones de un régimen no exactamente presentable como el venezolano, escamoteo de pagos a la Seguridad Social... Deslices muy frecuentes en nuestra sociedad (¿cuántos miles de españoles emplean a alguien y no declaran al operario?, muchos miles) pero de los que ellos no están impolutos.

El caso del consejero pepero del gobierno valenciano desviando en su beneficio fondos de la ayuda a países en desarrollo te subleva por lo inmoral.

Con todo, es inevitable detenerse en los casos más sonados de los últimos veinte años que afectan a los dos grandes partidos: la trama Gürtel, de un lado, y los ERE andaluces (más los cursos de formación), de otro. Uno de ellos es un entramado en el que empresarios, a través de la adjudicación de servicios, nutren la caja de un partido o los bolsillos de miembros de la agrupación. El segundo es simplemente detraer dinero destinado en principio a los parados con destinatarios parecidos al anterior.

Sonrojantes ambos. Punibles. Pero es difícil no percatarse de que hasta en las sinvergonzonerías hay clases. El caso de los ERE es el más vergonzante de la democracia. Cuantitativa y cualitativamente. Se trata de ingentes cantidades de dinero que se embolsa alguien y que estaba destinado a los *parados de la comunidad autónoma con más desempleados de España*. Esto durante años.

Se me dirá que la cifra de 800 millones está burdamente exagerada por la derecha. ¿Lo está? Me es igual que sean 800 que 400 o 200. Se argumentará que dos o tres desalmados se aprovecharon de la ingenuidad de los altos cargos, pero no es fácil aceptarlo. Aunque había una docena de avisos claros de la intervención del Estado, y los que hemos sido altos cargos sabemos que un solo aviso, uno solo, no debe ser pasado por alto, yo puedo admitir que había personas en la cúpula de la Junta que no tenían idea de lo que estaba ocurriendo o pensaron que el

tema era nimio; lo creo de verdad. Ahora bien, aceptar que NADIE de los importantes estaba al corriente de que a diario, durante años, se hacían cambalaches con el dinero del paro, eso es totalmente *inconcebible*. Pretenderlo es una tomadura de pelo.

Podríamos mencionar los cursos de formación (¿saqueo de 149 millones de euros?) o el sumario de la UGT andaluza con una veintena de imputados por haber financiado ilegalmente al sindicato con unos 15 millones. Poco edificante. Sin explayarnos: es difícil no notar que en ninguna de las 140 páginas del programa del PSOE andaluz para las elecciones de noviembre del 2018 se mencionaba la palabra «corrupción» o la lucha contra ella. ¿Después de lo que había estado cayendo? Una miaja chocante.

Publicar cifras, en otro terreno, totalmente maquilladas sobre las listas de espera en los hospitales andaluces no es ejemplar. Camuflar que había casi medio millón de personas más de las declaradas en las listas de espera oficiales (es irrelevante que fueran 500.000 o 200.000) no es en sí un robo, pero no es precisamente un signo de superioridad moral sino de lo contrario: de pillería, de trapacería.

La superioridad moral de la izquierda, una vez más, es una farsa, una jaculatoria para militantes obcecados o para niños.

### *El despilfarro*

No me extenderé sobre el tema del despilfarro, otra forma de mal aprovechamiento del dinero público, que afecta similarmente a varias formaciones. Comilonas con mariscos caros, viajes postineros a grandes hoteles, delegaciones que podrían ser de cuatro personas y viajan once, o de ocho y viajan veinticuatro, regalos de postín para asistentes a un congreso... La lista es amplia y la izquierda en este apartado tampoco puede dar lecciones de ética y buen manejo de los fondos del contribuyente.

Como ejemplo de este despilfarro gratuito y elitista citaré un viaje de la señora de Zapatero a París. No por la cuantía, sino por el síntoma. Acudía allí a una reunión o a participar con su coro en un concierto. Normal y elogiable. Nuestra segunda dama de la época quiere visitar numerosos lugares de la capital gala. Normal y elogiable. Puede pedir al consejero cultural de la embajada que le sirva de cicerone, algo que éste haría gustoso. Si desea una señora, porque en su programa, aparte de museos o monumentos, está hacer compras, puede pedir que la acompañe cualquiera de las esposas de los embajadores. En París tenemos tres embajadas (bilateral, UNESCO y OCDE). O la del cónsul general. Lo harían encantadas. Sin embargo, a doña Sonsoles, como a una princesa del siglo XVIII, le apetece que la acompañe alguien de su confianza, quiere estar relajada, no sabe si las cónyuges de los diplomáticos son unas cursis y, además, muy de derechas (?). Eso incomoda.

La solución es principesca: Moncloa dice a Exteriores que ordene que un joven diplomático, destinado en esos momentos en Argel y que antes había trabajado en Presidencia, se traslade a París sin excusa ni pretexto para servir de guía y acompañante de la segunda dama. Billetes de avión, hotel, dietas... aparte de desgarnecer unos días la representación en Argel.

El ejemplo es ilustrativo. No por el gasto en sí, sino por la forma frívola y patrimonial de proceder («ahora mandamos nosotros y no estoy robando; por lo tanto, adelante»). No hay aquí mucha superioridad moral.

Me pregunto lo que habría ocurrido si en mi época de subsecretario me llega una orden parecida de Presidencia. Hubiera salido disparado para el despacho de mi jefe diciéndole, un tanto caliente: «Ministro, esto es una cacicada medieval que avergüenza». Me temo que una hora más tarde habría tenido que firmar la comisión de servicios para el funcionario. Con irritación y vergüenza, pero la habría firmado.

## *Dos casos prácticos y la Academia*

Caso 1: ¿quién vende más armas en la Europa defensora de la paz y los derechos humanos, los gobiernos de derechas o de izquierdas: Sarkozy-Hollande, Aznar-Zapatero?

Caso 2: ¿quién ha metido a Estados Unidos en más guerras, los republicanos o los demócratas?

Concluiré, en lo referente a la calificación o al recuerdo selectivo, con nuestros Premios Goya. El año de la guerra de Irak, 2003, la ceremonia de la Academia de Cine casi se convirtió en un acto de denuncia de la intervención militar. Hubo multitud de referencias condenatorias de la misma en los discursos. Estados Unidos y Aznar fueron profusamente puestos en la picota. Tantas alusiones que, residiendo yo entonces en Los Ángeles, un cineasta de allá, no muy simpatizante de la guerra aunque su opinión pública estaba a favor, me mostró su sorpresa comentando que en los Óscar no caen bien las intervenciones politizadas. Efectivamente, en la ceremonia sólo el cineasta Michael Moore había hecho alusión al tema y obtuvo más pitos que aplausos.

Respondí a mi amigo que aunque el despliegue de mis compatriotas resultara un poco excesivo, es posible que estuvieran muy sensibilizados a lo que les parecía injusto.

Llega 2019 y los Goya tienen la mala suerte de coincidir exactamente con las fechas en que Europa, harta de las tropelías de Maduro, había reconocido a Guaidó como presidente. Los periódicos españoles desplegaron enormes crónicas sobre el éxodo causado por la situación venezolana, los desmanes dictatoriales de Maduro, el aumento de los presos políticos, el hambre y el sufrimiento real de la población en uno de los países más ricos de Iberoamérica. Mi amigo estadounidense se habría quedado pasmado de ver que en la ceremonia de los Goya NO hubo la menor MENCIÓN al drama venezolano. Ninguna. Yo me quedé tan perplejo como él conociendo lo que significa



Venezuela para España, para las Canarias y para nuestros medios de información.

El contraste es revelador; gente de reconocida sensibilidad como los cineastas se sublevan colectivamente ante el sufrimiento que se produciría en Irak y ni una sola voz, *en días señalados* y pertinentes, se alza para aludir al sufrimiento de millones de venezolanos, una nación que nos es bastante cercana. La razón sólo puede ser la que circula por este capítulo: los excesos cometidos por la derecha o una nación de derechas son insufribles, los que se producen en una nación donde domina la izquierda son mucho menos denunciados porque la izquierda no se equivoca o no es verdaderamente responsable.

Al poco, la jefa del Departamento de Derechos Humanos de la ONU, la por encima de toda sospecha socialista y expresidenta de Chile, Michelle Bachelet, publicaba un demoledor informe: el régimen de Maduro era «culpable de detenciones arbitrarias, tortura y malos tratos, violencia sexual, ejecuciones y desapariciones» para ocultar delitos. Cinco mil trescientas personas habían sido abatidas y muertas «por resistencia a la autoridad» (?). El sistema sanitario era «penoso, con hospitales en los que falta personal, suministros, medicinas y electricidad». Vargas Llosa escribiría en *El País*: «Lo que ha hecho en Venezuela el "socialismo del siglo XXI" es uno de los peores cataclismos de la historia».

Me pregunto cuál sería nuestra reacción si el villano de la historia fuera un régimen iberoamericano de derechas, un pinochetito.